

*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz; no he venido a sembrar paz, sino espada. He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; los enemigos de cada uno serán los de su propia casa. El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, sólo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa». Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.*

Jesús nos desafía y nos invita a examinar nuestra relación con Dios y con los demás. Nos habla con palabras fuertes y directas, pero llenas de amor y verdad.

Jesús dice que ha no venido a traer paz, sino espada. Generalmente asociamos a Jesús con la paz y el amor. Sin embargo, Jesús nos está hablando de una realidad profunda: no nos extrañemos de que el seguimiento de Cristo pueda provocar divisiones incluso en nuestras relaciones más cercanas.

Jesús nos insta a priorizar nuestra fe en Él por encima de cualquier otro lazo, incluso los lazos familiares. Esto implica un compromiso total, una entrega radical de nuestra vida a Él. No siempre será fácil, porque el seguimiento de Cristo implica enfrentar dificultades y desafíos.

Sin embargo, a pesar de las divisiones y pruebas que podamos encontrar, Jesús nos promete su presencia y protección: el que pierda su vida por mí, la encontrará. Al entregarnos completamente a Él, encontramos la verdadera vida y la plenitud que solo Él puede brindarnos.

Jesús también nos invita a recibir a aquellos que son enviados en su nombre, a acoger a los mensajeros de Dios. En cada persona que encontramos, especialmente en aquellos que nos desafían o son diferentes a nosotros, podemos encontrar la presencia de Cristo mismo, que nos hacen más humildes y menos soberbios.

Que el Espíritu Santo nos guíe y nos dé la fuerza para seguir a Jesús en todas las circunstancias. Que podamos vivir con valentía y generosidad. Que nuestra vida sea un reflejo del amor y la paz de Cristo. En la confesión y en la Eucaristía es precisamente donde encontraban la fuerza los santos.